

ÁLBER VÁZQUEZ

*Pizarro
y la conquista del Imperio Inca*

La increíble historia de los hombres
que dominaron un continente

la esfera  de los libros

La travesía del Atlántico

Abril de 1514 - junio de 1514

La culpa de todo fue de Balboa. De Vasco Núñez de Balboa, quien, un año antes, en 1513, había tenido la ocurrencia de enviar una carta al rey Fernando contándole que allí, en el Darién «los ríos son de oro, fulguran los tejados de las casas y los indios tan siquiera se molestan en guardar los lingotes, de tantos que poseen». Se trataba, por otro lado, del carácter de Balboa: un tanto fanfarrón y bastante temerario. Se le fue la cabeza mientras escribía y, digamos, exageró. Cualquiera que lo conociera podría haberse hecho a la idea: «¿Balboa? De lo que dice, créete la mitad». Pero los españoles de España se lo creyeron todo, desde el principio hasta el final, y hasta les dio por pensar que el bueno de Balboa estaba siendo precavido en sus explicaciones al rey.

No vaya el Darién a llenársenos de muertos de hambre ávidos de riquezas. Que fue, precisamente, lo que sucedió.

«Mandadnos refuerzos y partiremos en busca del reino de Dadaibe», rogó. Dicho y hecho. El rey Fernando, que desde el primer viaje de Cristóbal Colón no había soltado ni un maravedí para los asuntos de la exploración, conquista y población del nuevo mundo, se tomó muy a pecho lo informado por Balboa. «¿Cómo? ¿Ríos de oro, vetas bajo la hierba, hombres de piel brillante? Vayamos y no reparemos en gastos», sentenció. Y fueron y no repararon en gastos.

Pusieron una veintena de barcos en el muelle de las Mulas, allá en Sevilla, y los armaron con tal mimo y dedicación que hasta el mismo rey acabó ocupándose de asuntos más que intrascendentes. «¿Te-

nemos suficientes morriones para todos los hombres?», preguntaba tomado por una genuina ansiedad. A los que tenían que soportarlo, ganas les daban de pedirle que los dejara trabajar en paz, que ellos, mejor que nadie, sabían cómo pertrechar armadas. Pero, claro, aún no había nacido el guapo que le plantara cara a un rey con la estampa de Fernando. «Setecientos cincuenta llevamos», contestaron, pues. «Van a ser pocos», gruñó el rey. «Van a ser pocos...».

A la veintena de barcos encaramaron dos mil personas* en lo que, sin duda, se trató de la expedición más nutrida y ambiciosa emprendida hasta la fecha. Dos mil personas entre las que se contaban, porque allí se iba a poblar, hombres de guerra y funcionarios, pero también mujeres, artesanos, médicos, curas, contables, mineros, músicos, orfebres y, en fin, cualquier oficial que consideraron necesario para fundar ciudades y defenderlas. Llevaban, incluso, niños, ya que el castellano que quisiera embarcarse acompañado de su familia al completo tenía preferencia sobre el resto.

Por fin, los hombres de la Contratación dieron el visto bueno definitivo y la gran armada completó parsimoniosa el recorrido fluvial hasta Sanlúcar de Barrameda. Y el 11 de abril de 1514, se hizo a la mar.

Comenzaba la aventura más grande jamás emprendida por la humanidad. Las páginas que siguen ahondan en su relato, que no es mejor ni peor que otros, pero sí el más fiel concebido hasta la fecha.

Adelante.

* * *

Tras el descubrimiento de América en 1492, los españoles habían permanecido en las islas del Caribe. Años más tarde, un pequeño grupo de exploradores dio el salto al continente y lo hizo a través del territorio más hostil que podrían haber imaginado: el Darién.** Lo sensa-

* Se desconoce cuál fue exactamente el número de integrantes de la expedición de Pedrarias a América. Los cronistas e historiadores ofrecen cifras que oscilan entre los mil quinientos y los tres mil.

** El Darién es una pequeña región selvática ubicada en el punto en el que se encuentran América Central y América del Sur. Actualmente, se reparte entre Panamá y Colombia.

to, visto lo visto, habría sido dar media vuelta e intentarlo en otro paraje más amable. Sin embargo, los españoles, poco habituados a dar su brazo a torcer y a reconocer errores, fingieron que la jungla cerrada, los inclementes mosquitos y los indios caníbales no eran para tanto y fundaron allá una ciudad, que recibió el nombre de Santa María de la Antigua, en honor y recuerdo de Nuestra Señora de la Antigua, en Sevilla. Corría el año de 1510 y el hombre al mando ya era el gigante rubio que aterrorizaría tanto a indígenas como a castellanos: Balboa. El mismo Balboa que había metido la pata hasta el fondo solicitando los refuerzos que ahora ponían proas hacia Santa María.

El rey Fernando podría ser generoso, pero no tonto. De este modo, se aseguró de que al frente de la armada fletada por él y a cuenta de él, se situara un hombre de su plena confianza. Eligieron a Pedro Arias Dávila, conocido por todos como Pedrarias Dávila o Pedrarias a secas, un hombre de setenta y cuatro años que bien podría haber estado sentado al sol frente a la puerta de su casa y que, en lugar de ello, se marchó a las Indias con la intención de ponerle los puntos sobre las íes a ni más ni menos que el mítico Balboa. «Que todo aquello se rija según nos conviene», le ordenaría el rey Fernando. «Y, en cuanto tengas un rato, nos mandas el oro».

Pedrarias nunca entendió el Darién, no, al menos, como Balboa lo había hecho. Sus decisiones y, más aún, las acciones que emprendió, marcarían el tono en el que las siguientes décadas se desarrollarían. Costó Dios y ayuda revertir el espíritu maligno de Pedrarias, vaya que si costó...

Tanto oro imaginaban que encontrarían en el Darién, que no hubo dudas a la hora de bautizar el nuevo territorio. Lo llamaron Castilla del Oro, Pedrarias era su flamante gobernador y los dos mil españoles que con él cruzaban el Atlántico, los primeros moradores de aquel país maravilloso colindante con el Dadaibe.

Fernando, que ya peinaba canas, insistió en que a los indios que fueran encontrándose en su camino, se los tratara con justicia. De hecho, prohibió hacerles la guerra por las buenas. Un español no podía llegar al Darién y soltar mandobles a diestro y siniestro salvo que quisiera contravenir las órdenes directas de su monarca. Y cuidado con esto, pues, allí, a uno le cortaban la cabeza por mucho menos. Así

que nada de guerras sin ton ni son. Pedrarias, y con él sus capitanes, llevaba un requerimiento que debía ser leído a los indios una vez que el primer contacto hubiera tenido lugar. En el requerimiento, se les solicitaba inmediata e incondicional adhesión al reino de Fernando, que era el de Dios, y las consiguientes obligaciones asociadas al mismo. Pagar impuestos, entre ellas. Solo si los indios se negaban a tan ponderada petición, se autorizaba a los españoles a hacerles la guerra justa, es decir, la que tenía a Dios y al papa de su parte. No creyeron, tan enorme era la ingenuidad de aquellos buenos hombres castellanos, que la circunstancia del conflicto abierto llegara a darse. A fin de cuentas, ¿quién en su sano juicio se negaría a ser, pudiendo, súbdito del rey Fernando?

Pedrarias dijo que sí a todo y se enrolló el requerimiento bajo el brazo. «Se hará como es de ley», aseguró para que en casa se quedaran tranquilos. «La guerra es un incordio», añadió, él, que había luchado en todas las habidas y por haber. Fernando, entonces, se alegró de haber escogido a un hombre al que la sensatez se le derramaba a borbotones.

La nave en la que viajaba Pedrarias, la capitana de su armada, se llamaba *Concepción*, y era una carabela elegante y de buen porte. La acompañaban embarcaciones fenomenales, como la *Rábida*, la *Victoria* o la *San Antón*. Barcos que abrían olas de tal forma que su sola contemplación engrandecía el alma. O la *Sancti Spíritus*, la *San Clemente* o la *Rosa de Nuestra Señora*. Ah, qué belleza en aquellos cascos de madera indomable...

Necesitaron más de tres semanas para estibar y acondicionar las cargas. Como se iba prácticamente a ciegas, pues Balboa no había soltado demasiada prenda, se decidió que Pedrarias contara con todo lo necesario para, al menos al principio, resultar autosuficientes. De este modo, en las bodegas se abarrotaban víveres, vino, armas, defensas, municiones, ropas, herramientas y, en general, cualquier pertrecho o abasto que en Sevilla juzgaron que resultaría indispensable en el Darién. Todavía no afinaban demasiado, y muchos oficiales ni siquiera se hacían a la idea de qué era una jungla cerrada y húmeda atestada de caníbales, pero no por ello se arredraban. «Si un cristiano va como Dios manda, Dios lo acompaña», aseguraban más ufanos de lo que habría resultado aconsejable.

Qué duda cabía de que «las cargas», siendo esta una expedición que pretendía poblar el nuevo territorio, incluían a los pasajeros. En la *Concepción*, por ejemplo, además de sus quince tripulantes, viajaban ciento veintiún colonos. De esos hombres y mujeres que se trasladaban a las Indias, un buen número, quizás treinta o treinta y cinco, pertenecía a la nobleza. O aparentaba pertenecer, que, para el caso, era lo mismo. Vestían con pomposidad y caminaban con el espinazo tan recto que parecía que, de un momento a otro, fueran al saltárseles las costuras de las camisas. Los oficiales de la *Concepción* encargados de aquella estiba humana tuvieron que fruncir el ceño unas cuantas veces para hacerles comprender que «allí no había más camarote que el del capitán y el resto debía dormir en el lugar exacto que se le indicara». Dicho de otro modo: «Sí o sí, la mayor parte del tiempo de travesía lo pasarían hacinados en una bodega». Solo durante una hora al día se les permitiría subir a cubierta, siempre por turnos, para tomar el aire y evacuar vejigas y vientres. Las mujeres, que en la *Concepción* sumaban diecinueve, disponían de un habitáculo propio en la parte de proa de la carabela. Poco más que un pañol modestamente acondicionado pero que, por hallarse sobre la línea de flotación, disponía de una abertura al exterior. Respiraron aire puro a través de ella, cosa que la mayoría de varones embarcados no podría decir.

El 19 de abril, ocho días después de la partida de Sanlúcar de Barrameda, la armada de Pedrarias arribó a la isla de la Gomera, donde hicieron escala durante tres semanas. Al parecer, cinco de los barcos no se habían mostrado todo lo estancos que deberían antes de abordar la gran travesía oceánica y Pedrarias determinó que los repararían concienzudamente. No quería correr riesgos innecesarios pues sabía que si perdía un barco, sus detractores, que no eran pocos, le culparían a él directamente y a lo avanzado de su edad. «Pedrarias chochea y el rey nunca debería haber confiado en él», expondrían. No les daría esa satisfacción.

Aquellos ocho días de viaje a través de lo que los marineros españoles denominaban el mar de las Yeguas,^{*} sirvió, al menos, para

* El espacio oceánico entre Cádiz y las islas Canarias. Se lo conocía así porque las aguas suelen estar habitualmente revueltas y el ganado que las naves pudieran llevar a bordo se mareaba irremediabilmente.

que los pasajeros se hicieran una idea cabal de lo que se les venía encima. Isabel de Ibarra, una joven de veinticuatro años de edad que realizaba el trayecto hacia las Indias junto a su hermano menor Tomás, se hallaba sentada en el suelo del pañol de las mujeres. Apoyaba la espalda contra la parte interior de las tablas del casco y encogía las piernas para así abrazarse las rodillas. Un año atrás, en una decisión insólita en una mujer, había determinado que ella conocería el nuevo mundo. Un mundo de cuyas noticias no era ajena la distante Guipúzcoa. El propio padre de Isabel, Juan de Ibarra, se había enriquecido repentinamente al convertirse en proveedor del mejor acero de Mondragón con el que se construían los arcos de las ballestas que más tarde los españoles manejarían con esmero para defenderse de los indios. «Pero ¿qué clase de muchacha quiere perderse en aventuras violentas y sin duda inciertas?», le preguntó, estupefacto, cuando Isabel confesó los planes que llevaba tiempo incubando. «La que no quiere casarse con el primer memo que aparezca por la puerta», espetó la chica sin demasiados miramientos. Juan de Ibarra conocía a su hija y sabía que era dueña de una testarudez hermética. Si decía que se marchaba, se marcharía. En fin, dado que los Ibarra comenzaban a hacer fortuna gracias a los viajes a las Indias, el buen hombre, seguro de las capacidades de su hija, pensó que no estaría de más «tener un pie aquí y el otro allá». Una visión de conjunto que a los Ibarra les ofreciera cierta ventaja estratégica respecto de sus inmediatos competidores. Pudo, en suma, más la visión comercial que la escrupulosidad paterna e Isabel obtuvo permiso para viajar a Sevilla y embarcarse rumbo a las Indias. «Eso sí, te llevas a tu hermano», sentenció el padre. Isabel no creyó oportuno negarse y asintió.

No tenía ni idea de por dónde empezar. O, bueno, sí, lo sabía, o lo sabría de haberse tratado el Darién de una región parecida a la que ella tan bien conocía: el norte boscoso y civilizado de Castilla. Sin embargo, marchaba advertida y ella comprendía la dimensión auténtica de dicha advertencia: las Indias en poco o en nada se parecen a nuestro hogar. Para empezar, las gentes tan siquiera acaban de serlo. Van desnudas y desconfían de nuestros hábitos moderados. Llevamos curas, y frailes, y libros, y rayos y centellas, y con lo uno o lo otro, con lo uno y lo otro, acabaremos por establecer vínculos indelebles. Pero ¿mientras tanto? Mientras tanto, los abismos. A eso sabía Isabel

que debería enfrentarse. A un comienzo desde la nada más absoluta. Algo que, lejos de darle miedo o provocarle pánico, la seducía hasta el extremo de no considerar al viaje una molestia excesiva.

Lo cual, honestamente, era mucho considerar. Cuando, el 11 de mayo de 1514, la armada se hizo de nuevo a la mar, las incomodidades se tornaron mayúsculas. El capitán de la *Concepción* no permitía que las mujeres abandonaran su habitáculo «por su bien». Y comprendería, Isabel, más tarde, que los pasajeros varones tampoco gozaban de mayores bienestares. En la estrechez y la penuria no hubo desigualdades. No obstante, ellos nunca estuvieron encerrados «por su bien», sino porque las circunstancias obligaban. A Isabel, con todo el tiempo del mundo por delante para rumiar ideas y concepciones, aquella apreciación no se le pasó por alto. Supo que ese sería el tono de las conveniencias en el nuevo mundo. Buscando la libertad, paradójicamente se sabía menos libre de lo que lo había sido en su Guipúzcoa natal, donde su padre aceptó con naturalidad que su hija la acompañara a cerrar negocios e intermediar compraventas.

«Tengo a Tomás conmigo», caviló. Tomás de Ibarra tenía tres años menos que ella, veintiuno, y se había visto en esta sin comerlo ni beberlo. Viajaba, junto al resto de hombres, en la parte asignada en la bodega para aquellos varones que, sin ser nobles, habían embarcado con posibles. En la sociedad que se pretendía fundar habría clases, desde luego que las habría, y convenía, o eso pensaron los que estibarón el pasaje, ir dejándolo claro desde el principio: cada cual con los suyos para que no haya equívocos. Así las cosas, en aquel sombrío trozo de bodega donde pasaban las horas muertas, Tomás se hacinaba junto a treinta de los ciento dos hombres que completaban el registro de varones que la *Concepción* trasportaba a las Indias.

El muchacho, ya se ha dicho, estaba allí por culpa de su hermana. De perfil taciturno y observador, seguía con el interés justo los negocios de su padre. Prestaba atención, pues se daba cuenta de que de ellos dependían su bienestar y el de su familia, pero no le quitaban el sueño: cerrar tratos con apretones de manos constituía el último de sus anhelos vitales. De modo que cuando su padre le comunicó que, junto a su hermana, se marchaba a las Indias, él asintió y murmuró por lo bajo que haría lo que estuviera en su mano para honrar el buen nombre de su familia. Su padre, que quizás lo conocía

mejor de lo que él creía, le replicó que lo que debía hacer era «proteger a tu hermana y obedecerla en todo lo que ella te indique». Juan de Ibarra sabía que, sin ser idiota su hijo Tomás, la verdadera inteligencia la poseía Isabel.

Antes de embarcar, se había advertido a los tripulantes de que el viaje sería duro y las condiciones de vida en el Darién, más duras aún. Por ello, era más que recomendable vestir con ponderación y comodidad. Las sedas y los encajes no servirían de nada en la selva darienita. A los expedicionarios, les entró por un oído y les salió por el otro. Allí, hasta el más modesto marchaba de punta en blanco. Tomás entre ellos, claro. En la misma Sevilla, a la que Isabel y él llegaron con la antelación suficiente que los dineros de su padre podían sufragar, renovó por completo su equipaje. Siempre bajo la supervisión de su hermana, adquirió dos pares de calzones cuyos dobladillos el sastre le ajustó de un día para otro, cinco camisas de hilo y bordados pecheros, dos jubones acolchados con plumas de oca, una gorra de seda y piel de conejo, y tres pares de zapatos de cuero blanco con sus medias a juego.

El resto de hombres que compartía habitáculo con él no le iba a la zaga. Allí, quien más quien menos se había pertrechado como si el rey Fernando, en vez de enviarlos al confín de sus dominios, los fuera a recibir en un salón del palacio real. Ni que decir, además, de las armas... Tomás portaba espada y daga al cinto, y los que lo acompañaban, otro tanto. Y qué dagas, Madre santa, qué espadones... Estarían las hojas bien afiladas o no, serían las manos que las habían de manejar diestras o torpes, pero aquellas vainas en las que se enfundaban mostraban el orgullo de las Españas. Cuánta belleza en unos objetos tan sencillos... Les agradó percibir, mientras tomaban confianza los unos con los otros y comenzaban a compartir impresiones y charlas, que lo mejor del país avanzaba con ellos. «Veréis qué bonito luce todo allá», expresó uno. «Me han dicho que la luz de las Indias es espléndida», se ufanoó otro.

En los veintitrés días que la expedición necesitó para cruzar el Atlántico, Tomás trabó varias relaciones y alguna que otra amistad. Los hombres viajaban sentados sobre las tablas desnudas y utilizaban su equipaje para recostarse o tratar de buscar una postura más cómoda. Les daban de comer dos veces al día, por la mañana y a media tar-

de, y su grupo salía a cubierta justo mientras atardecía. Tomás admiró algunas soberbias puestas de sol sobre la proa de la *Concepción* rompiendo las aguas del mar. Oían el sonido del viento inflando las velas, las órdenes calmosas del contra maestre, el gruñido de la madera al cimbreado, las canciones ligeramente lascivas en labios de los marineros. Alguien explicó que aquella manera de navegar hacia el poniente constituía la cima del hacer humano y que difícilmente una audacia semejante podría ser superada por mucho que transcurrieran los años y los siglos. El resto, Tomás incluido, asintió en silencio.

Por lo demás, el viaje era aburrimiento. Pasaban los días y ellos aguardaban a que los barcos arribaran a su destino. Ahí comenzaría la auténtica aventura y, por ello mismo, los hombres ocupaban las horas en divagar al respecto. Tomás, cordial aunque siempre cauteloso, terminó amistándose con un par de hermanos oriundos de Jerez de la Frontera que respondían a los nombres de Alonso y Martín Báez. Tenían una edad parecida a la suya, Alonso veintidós años y Martín diecinueve, y se conducían con pronto franco y seductor. Los dos, tan maravillosamente ingenuos como el propio Tomás, afirmaban sin ambages que su objetivo en las Indias era el de hacer fortuna cuanto antes. «¿Y cuáles son vuestros planes para después?», preguntó Tomás de Ibarra. Los jerezanos, ahora sí, mostraron sus dudas. Alonso farfulló algo en torno a asentarse «allá», una vez que el repartimiento de tierras e indios se hubiera hecho, y Martín, quizás debido a su juventud, aseguró que barajaba la posibilidad de regresar a casa «rico y con la alegría metida en las venas».

No tenían ni idea, esa era la verdad. Para unos hombres tan jóvenes como ellos, la gestión de la novedad continua constituía su flanco débil. Llevarían vidas de ensueño y la sorpresa, precisamente la sorpresa, se convertiría en la materia común con la que construirían sus jornadas. Se levantarían cada mañana sin saber qué les depararía el día y dónde les sorprendería la noche. Sin saber, incluso, si aquella noche llegaría para ellos o culminarían sus vidas en cualquier rincón inesperado, al mediodía, en la primera hora de la tarde, cuando menos te lo esperas.

Mientras el hábito de lidiar con lo extraordinario llegaba, se limitaban a abrir mucho los ojos, a sonreír con zozobra y a cruzar los dedos a la espalda para que la suerte los acompañase.

Tanto Tomás de Ibarra como los hermanos Báez se hallaban enrolados en la expedición como colonos. Es decir, cada uno de ellos portaba armas y se esperaba que las usase siempre que fuera necesario, pero los hombres de guerra eran otros, la soldadesca navegaba en otros navíos. Las tareas que el rey y los ideólogos de la expedición reservaban para los hombres como ellos eran las de poblar, poblar y poblar. Según los planes de Fernando, las Indias no serían sino una extensión más de España. Por ello, necesitaban españoles habitándolas, fueran estos de origen europeo, indígena o mestizo. «Vamos con prisas», parecían decir los oficiales de la contratación sevillana. «Hay que poblar las Américas antes de que otros se nos adelanten».

Así las cosas, los hombres y las mujeres jóvenes obtenían su pasaje directo hacia las Indias. Ni siquiera importaba demasiado que no estuvieran casados. Se aguardaba que, una vez establecidos al otro lado del océano, las bodas cayeran por su propio peso. «Quiero aquellas ciudades repletas de muchachillos», se decía que había aseverado el rey Fernando. Que por ellos no quedara.

El primer contacto que la armada de Pedrarias tuvo con las Indias se produjo a las diez de la mañana del 3 de junio de 1514, cuando arribaron a las costas de la isla Dominica. Desde el principio, se avisó de que aquel no era el destino final de la expedición y que todavía quedaba mucho viaje por delante. Aunque sí, estaban en las Indias. En la parte más oriental de las mismas, pero en América.

Pedrarias, que jamás había pisado aquellas tierras, se dejó guiar, en todo momento, por sus pilotos. Así, la armada, con la *Concepción* al frente, fue conducida a una minúscula cala en la que los españoles mantenían un tristísimo puesto avanzado. Ni siquiera llegaban a la veintena de hombres parapetados tras una empalizada, lo cual, de salida, les causó una pésima impresión. Pronto se ofrecieron, para tranquilidad general, las explicaciones oportunas: la Dominica no formaba parte de los planes colonizadores porque se hallaba atestada de ferocísimos indios caribes a los que era mejor dejar en paz, pues, a la que te descuidabas, te destripaban, te sazaban y te doraban a fuego lento. Los semblantes de los viajeros al recibir las explicaciones debieron ser memorables, pues, a los oficiales marineros que las dieron, una sonrisa les afloró a los labios. «Tranquilos, los nuestros nos protegerán», añadieron.

La empalizada y la escasa veintena de hombres tristes que los aguardaban tras ella no parecían otorgar la protección asegurada, pero nadie quiso permanecer a bordo tras la dura travesía del Atlántico. A media tarde de aquel día, todos habían puesto pie en tierra.

Y qué tierra. He aquí la primera de las impresiones que, junto a la luz y el calor inclemente, invadió a los expedicionarios. Les pareció, en el más bíblico de los sentidos, paradisíaca. Una vez que se anclaron las naves, todos los botes, lanchas y chinchorros de los que disponían fueron botados y, en ellos y poco a poco, las tripulaciones conducidas a la playa. Los trayectos se realizaron en silencio, pues, para percibir en toda su plenitud, los viajeros renunciaban a hablar.

Lo primero que les llamó la atención fue aquel cielo azul e inmenso. A diferencia del castellano, solemne e inescrutable, el cielo dominiqués se les apareció tomado por una placidez contagiosa: la de los que no han de temer a nada pues cualquier vínculo pernicioso ha sido extirpado. En la playa, los tipos que formaban la guarnición española en la isla les aseguraron que esa era la habitual impresión inicial y que más les valía no fiarse de ella, pues, en las Indias, quien confiaba era el primero en morir. Los recién llegados se ahuecaron los bordados y los encajes, sacudieron el polvo de sus pecheras y se dijeron que qué exagerados.

También se embelesaron con las aguas. Ellos no lo sabían, pues nadie se había preocupado de transmitir más instrucciones de las estrictamente esenciales, pero el Caribe era un mar transparente y verdiazulado. Se asomaban, hombres, mujeres y niños, por las bordas de los botes que los conducían a la playa y observaban los peces que nadaban bajo ellos. Algunos, largos como un brazo extendido. Isabel de Ibarra, que descendió a tierra en uno de los primeros grupos, alargó una mano y, con la punta de los dedos, tocó la superficie cristalina del agua. Estaba caliente y un pez, alertado por las repentinas ondas, alzó la cabeza para mirarla.

Una vez en la playa, Isabel contempló la frondosidad de las tierras que se extendían tras la estrecha franja de arena límpida. La muchacha, dado su lugar de nacimiento, se hallaba acostumbrada a vivir entre bosques. Sin embargo, Guipúzcoa, y sus hayas y robles, en nada se parecía a la espesura fragorosa de la Dominica: una selva húmeda y cerradísima se abría paso en cualquier dirección; acecharían

peligros en ella, peligros para los que tan siquiera los hombres del retén fijo, siempre acantonados en sus límites, se sentían preparados.

En la playa, se produjo el encuentro de los hermanos Ibarra tras los veintitrés días de travesía desde la isla de la Gomera. Isabel, protectora, abrazó a Tomás y le alisó el jubón, la camisa y los volantes antes de interesarse por su estado. «Con muchas ganas de estirar las piernas», contestó el joven con una sonrisa en los labios. Y es que todo en la Dominica invitaba a la celebración. Para aquellos viajeros encerrados en una oscuridad maloliente durante más de tres semanas, el sol, el aire y la luz de la Dominica suponían la muestra fehaciente de que Dios existía y de que, además, se hallaba de su lado.

—Me gustaría presentarte a mis amigos —expresó Tomás de Ibarra mientras daba un pequeño paso hacia atrás para zafarse de las manos de su hermana.

Isabel observó al grupo que, desde una pequeña distancia, la contemplaba. Reconocería aquellas miradas en los años venideros. Tardó tiempo en comprender que se trataba de lujuria, de deseo, de algo que en ocasiones confundiría con el amor pero que sin duda no lo era. Admiración, afirmaban ellos. «Me declaro admirador suyo, señorita», le espetaría, sin venir a cuento, cualquier muerto de hambre. Y es que Isabel no tomó conciencia de su belleza hasta llegar a las Indias. En fin, sí, sabía que sus rasgos eran agraciados, que la figura y el porte que Dios le había dado no pasaban desapercibidos. Pero, en Guipúzcoa, estas cuestiones tendían a obviarse. Si alguien experimentó algo por ella o ante ella, jamás se lo hizo saber. Habría sido considerado de muy mal gusto. Además, Isabel apenas se movía sin su padre a su lado. ¿Qué clase de tonto habría sido aquel capaz de insinuarse a una muchacha, por muy bella que esta fuera, con su propio padre guardándole las espaldas? Sin embargo, Guipúzcoa quedaba muy lejos y ahora se encontraban en la Dominica. No lo llamaban el nuevo mundo en vano.

El desembarco de dos mil personas desbarató la habitual calma del puesto avanzado en la isla. Aquella escasa veintena de hombres se llevó las manos a la cabeza cuando vio la que se le venía encima. «¿Adónde van ustedes?», preguntó un tipo con barba de cincuenta días. Se pasaba, nerviosamente, los dedos de una mano por las cejas mientras que en la otra sostenía una escopeta. Para muchos colonos,

aquella era la primera vez que veían hombres sempiternamente armados. Ni a orinar se iba sin la escopeta cargada y presta.

«Al Darién», respondió uno de los capitanes de Pedrarias. Jactancioso, pues con jactancia se dirimirían todas las diferencias hasta que el lugar los pusiese, en menos de tres o cuatro meses, en su sitio. «¿Y toda esta gente?», volvieron a preguntar los españoles de la guarnición de la Dominica. «Van a fundar, y a poblar, y a crear desde la nada». Nadie se molestó en darles más réplicas pues se dijeron que para qué. Jamás los sacarían de su error y, aunque lo hicieran, ¿qué podría suceder? ¿Que dieran media vuelta y regresaran a Sanlúcar de Barrameda? Eso no acontecería, de modo que más les valía ahorrar saliva y tratar de disponerlo todo para que la estadía en la isla fuera lo más segura posible.

Los recién llegados, ingenuos hasta el desvarío, no colaborarían. En las Indias, se aprendía con dolor y muerte. Aprenderían mucho, en consecuencia, pues dolor y muerte no se les hurtarían.

—A sus pies, señorita —dijo uno de los hombres situados a las espaldas de Tomás de Ibarra. Se llamaba Bernal Díaz del Castillo, era natural de Medina del Campo, y, a sus diecinueve años, mostraba ese desparpajo que en América te proporcionaba el triunfo más absoluto o un hoyo en el suelo. Un desparpajo, por cierto, que los que, como el propio Díaz del Castillo, no tenían un maravedí en el bolsillo, cultivaban intuitivamente. A América se cruzaba para hacer fortuna, y la picaresca no constituía la peor vía para conseguirla.

Isabel de Ibarra se puso, de inmediato, a la defensiva. Esbozó una sonrisa muy leve, ensombreció a continuación el rostro y retrocedió hacia el lugar donde se encontraba el resto de mujeres. «No te separes del grupo», le advirtió a Tomás. «Y no hagas tonterías».

—Vaya, qué mujer... —expresó Díaz del Castillo mientras observaba la espalda de Isabel.

—Cuidado —indicó Tomás en la creencia de que constituía su deber mantener a salvo la honra de la familia—: Hablas de mi hermana.

—Y no he pronunciado una sola palabra que la ofenda —se defendió Díaz del Castillo.

—Eso es verdad —intervino otro joven cuyo nombre era Pascual de Andagoya y que, junto a tres o cuatro más, había observado en silencio el breve desarrollo de la escena.

—No os peleéis —dijo uno. Se llamaba Hernando de Soto y solo era un crío de catorce años. Viajaba a las Indias como protegido de Pedrarias. O eso, al menos, afirmaba él. Nunca le dieron demasiado crédito a sus palabras, y hacían bien, pues todo el mundo miente un poco en las Indias. La mentira surge como si de un mecanismo de defensa se tratase: podría contarte la verdad, pero no sé qué vas a hacer con ella o si la vas a utilizar en contra de mí; así que, por si acaso, miento.

—No —repuso Díaz del Castillo. Y añadió, tras un brevísimo silencio—: ¿Damos una vuelta? Quiero ver cómo es esto.

Las respuestas no fueron inmediatas y, mucho menos, entusiasmadas. Se les había advertido, precisamente, de que no se alejaran de la playa. No todos los expedicionarios podían refugiarse tras la empalizada levantada por la guarnición de la Dominica, pero la playa y, más aún, el grupo, servirían de protección. «No se alejen y no se dispersen, o los caribes se darán cuenta», les explicó uno de los tipos del retén.

Los caribes. ¿Qué era exactamente un caribe? Les habían explicado que un indio salvaje y malévolo, pero, para el caso, ¿qué era exactamente un indio? Ellos no habían visto uno en sus vidas, de modo que no acababan de hacerse una idea. Pensaron que se trataba de una especie de moros, pero sin tenerlas todas consigo. A lo largo de la travesía oceánica, habían matado el tiempo elucubrando en torno a ellos y esbozando teorías un tanto desquiciadas. De lo que no se sabe, no se puede urdir, salvo que sea fantasiosamente. Así, los imaginaron gigantescos, y con un solo ojo en mitad de la frente, o con zarpas de lobo, y piel escamosa, y aguijones en lugar de dientes.

Ahora, llegaba la hora de comprobar si habían estado en lo cierto.

—Voy contigo —se sumó Pascual de Andagoya a la propuesta de Bernal Díaz del Castillo. Y los dos jóvenes se pusieron a caminar en dirección al lugar donde la playa daba paso a la jungla.

Hernando de Soto y Tomás de Ibarra se apresuraron a seguirlos y, tras ellos, tres muchachos más: Cristóbal Fernández y Andrés Quintero, ambos andaluces, y un tal Gregorio Miño que decía ser gallego.

La selva, a diferencia del bosque, rodea a quien penetra en ella. Es decir, que frente a la abulia de este último, a ese dejar hacer tan propio de las hayas, los robles o las encinas, la selva te mira, te observa y, si le da la gana, te absorbe.

Cuando los siete muchachos cruzaron el linde de la playa, dieron cuatro pasos en el suelo repentinamente húmedo y la jungla cerró tras ellos el camino de regreso. En un instante, pasaron de la luz abrasadora de la playa a la burbuja arbórea: allí, el universo parecía plegarse sobre sí mismo. Los muchachos, castellanos todos ellos y, por lo tanto, incapaces de comprender una realidad tan extravagante como la jungla, miraron en todas direcciones como si en lugar de rodeados de vegetación lo estuvieran de vidrieras fabulosas. Y es que, no lo pudieron evitar, caminar por aquel lugar era muy parecido a hacerlo por la nave central de una majestuosa catedral cristiana. ¿No eran, lo uno y lo otro, obra de la misma mano creadora?

Para entonces, los caribes ya los habían descubierto. En realidad, llevaban observando los movimientos de los expedicionarios desde el instante en el que estos pusieron pie en tierra firme. No les gustaba que aquella gente se desperdigara por su isla, pero comprendieron que los recién llegados eran muchos y que probablemente traerían armas tan letales como las que manejaban los hombres que se parapetaban tras la empalizada de madera.

Bernal Díaz del Castillo se había situado, desde el principio, al frente del pequeño grupo. No hablaban entre ellos. La contemplación de lo circundante, la embobada observación de cada árbol monumental, de los arbustos que les cortaban el paso, de los extraños animales sugeridos en las ramas, del agua que de tan pegajosa se tornaba visible en el aire, la mirada mística en torno a todo ello anegaba sus mentes incluso más allá de lo concebible.

Experimentaron miedo, aunque ninguno quiso ser el primero en confesarlo.

Fue Pascual de Andagoya quien descubrió al primer caribe. Él no lo sabría hasta que muchos años después cayera en la cuenta, pero sucedió porque el caribe quiso y no por ningún otro motivo. De ninguna manera, tal y como Andagoya se jactaría en numerosas ocasiones, lo sorprendió gracias a su pericia natural. Los indios estaban en casa y los españoles en mitad de algo tan ajeno a su naturaleza como la superficie de la Luna.

El caribe se situaba junto a un gran tronco de árbol del cual se prendían lianas deshilachadas y algo parecido a las enredaderas. No se escondía, sino que mostraba su cuerpo entero: de pies a cabeza,

tendría un palmo menos de altura que el más bajo de los españoles. Le calcularon, a ojo, unos veinticinco años de edad, aunque su piel cobriza los confundió un tanto. Ayudó el hecho de que, salvo por un canutillo fabricado de hueso o madera en el que ocultaba el pene, se encontrara completamente desnudo.

Los siete muchachos se detuvieron de inmediato. El jovencísimo Hernando de Soto fue el último en descubrir la presencia del salvaje pero, cuando lo hizo, quedó petrificado en el sitio. Se le desencajaba la mandíbula, de pasmo, de sorpresa, de admiración, de pánico.

—No os mováis —dijo, en un susurro, Bernal Díaz del Castillo. No pensaban hacerlo. En cualquier caso, se tomaron la sugerencia como una instrucción y no movieron ni las pestañas para parpadear.

El caribe tampoco movía un músculo. Tenía la piel cubierta de laboriosos tatuajes geométricos y se adornaba las muñecas, los brazos y las rodillas con hilos multicolores cuyo significado a los españoles se les escapaba. También lucía pendientes en los lóbulos de las orejas y un gran aro traspasaba su nariz a través de los orificios. El pelo, negrísimo y abundante, caía largo por su espalda y, en la coronilla, varias plumas blancas hacían las veces de pasadores.

Sostenía, en su mano derecha, un arco casi tan alto como él. Ningún español distinguió flechas, pero eso no quería decir que no las guardara a su espalda.

Allí, en aquel instante, un instinto primitivo del que no habían tenido conciencia antes paralizó a los siete muchachos. Todos iban armados. Bien armados, podría, incluso, decirse. Una daga y una espada al cinto por hombre hacían la nada despreciable suma de catorce armas. Sin embargo, como si hubiesen estado desnudos: hasta el más fanfarrón de ellos sucumbió al peso aplastante de la realidad. Veían, por primera vez, a un salvaje, a un salvaje de, literalmente, otro mundo. Y el salvaje, con su sola presencia, aniquilaba los ánimos.

Fue Bernal Díaz del Castillo quien primero acertó a farfullar entre dientes. A duras penas, nadie crea otra cosa.

—Quietos —dijo.

Como pedirle a un cojo que no corra. Ni aunque lo hubieran deseado con toda su alma, aquellos jóvenes habrían logrado desprenderse del desaplomo que les caía encima.

—¿Quién creéis que es? —preguntó Hernando de Soto. Los españoles no lo sabían, pero quien habla por hablar, incluso en los momentos de mayor incertidumbre, se defiende del caos. Porque en la palabra existe orden, y en el orden, contraataque.

—Un indio —respondió Andrés Quintero.

—Eso ya lo sé yo.

—Es lo que has preguntado.

—Quería decir que..., ¿qué creéis que quiere?

—¿Los indios de por aquí se comen a la gente?

Eso se rumoreaba, sí. Antropófagos. No en vano, la guarnición de la Dominica pasaba los días y las noches tras una bien sólida empalizada. De pronto, a Hernando de Soto se le ocurrió una idea. Estúpida como pocas, pero idea a fin de cuentas. A veces, actuar, aunque fuera ridículamente, servía más que mantenerse inmóvil. Al menos, al indio, con tu movimiento, le explicabas que no acababas de sentirte impresionado. Aunque, por supuesto, lo estabas, lo estabas como nunca en tu vida. Advendrían épocas en las que los fingimientos los salvarían en no pocas ocasiones.

—Voy a intentar hablar con él —dijo Soto. Sus catorce años podían meterte en un buen lío o sacarte de él.

—¿Sabrá castellano? —preguntó Tomás de Ibarra.

Sería la última vez que hablarían en singular. De pronto, sin advertir de dónde, surgieron más indios desnudos. De la espesura, convendrían más tarde, una vez de regreso en la playa. Lo cual tampoco suponía decir gran cosa. Para ellos, la espesura constituía una identidad extraña: la selva era, a causa de la novedad, el ente que no les pertenecía y al que, incluso, sus conciencias se oponían. Tras dos o tres años en las Indias, terminarían habituándose a él, y lo harían en tal manera que a la jungla la observarían con respeto, aunque sin la extrañeza de los primeros días.

No, claro que el indio no sabía castellano. Ni él, ni los quince o veinte que aparecieron ante sus ojos. ¿Con qué intenciones? Eran caribes, así que las peores.

Todo lo que sucedió, sucedió en menos de dos minutos. El tiempo, no obstante, careció de importancia para ellos. O se detuvo, o se plegó misteriosamente hasta convertirse en lodo. Cualquier explicación sería tan cierta como falsas sus pretensiones. El miedo

suele aportar esta serie de argumentos. El miedo los cegó y, puede, los salvó.

Lo primero que sucedió fue que Hernando de Soto comenzó a caminar en dirección al caribe. Como el muchacho no apartaba los ojos de él, tropezó varias veces. En una de estas, casi rueda por el suelo. El chaval, con todo, conservó el equilibrio y logró acercarse a cinco o seis pasos de distancia del salvaje. Fue entonces cuando intentó desenvainar la espada. No para atacar al indígena, sino para mostrarle la hoja de su arma y, juzgó él, la capacidad de sus posibilidades. «Vengo hasta ti en son de paz, salvo que quieras que venga en son de guerra», venía a decir. El indio lo interpretó correctamente. Demasiado correctamente, se lamentaría más tarde Soto. Y es que aquella no era la primera vez que los caribes veían un filo castellano rechinando al desenvainarse.

Lo segundo que sucedió, como consecuencia directa de lo anterior, fue que los indios pasaron del estatismo al brío, de la quietud a la beligerancia. Varios de ellos, quizás una decena, se reconfiguraron frente a los siete españoles y adoptaron una formación de ataque. Los muchachos no la supieron identificar, aunque Hernando de Soto, dueño de un olfato que lo convertiría en personaje legendario, se temió lo peor.

—¡A cubierto! —gritó mientras él mismo se lanzaba tras el tronco de un árbol.

No todos reaccionaron con la presteza que habría sido oportuna. Pascual de Andagoya se retrasó a la hora de parapetarse y Cristóbal Fernández a la de desenvainar. Bernal Díaz del Castillo se hirió levemente en una mano con su propio puñal. A todos los impulsaba el miedo a lo auténticamente desconocido. No sabían qué era lo siguiente, y ese desconocimiento los atoraba tanto como los espoleaba. En los años y décadas siguientes, se las tendrían que ver con indígenas en parajes tan alejados el uno del otro como México o Perú o Chile. Sin embargo, esa sensación de no estar comprendiendo del todo qué se alzaba frente a ellos los acompañaría tanto y tan a menudo que terminarían por considerarla familiar. Convendrían que, ante la duda, ataca tú primero.

Los caribes, una vez culminada la operación de flanqueo, separaron las piernas y alzaron los arcos. No parecían demasiado rápidos, aunque sí, o eso juzgaron los españoles, extremadamente hábiles: las fle-

chas, unas flechas finísimas y sin más punta que la de la madera afilada, se posaron en los arcos. Los indios realizaban una maniobra de carga un tanto peculiar: situaban el arco paralelo al suelo, colocaban la flecha en él y tensaban el hilo tirando hacia arriba; solo cuando el proyectil se hallaba listo para ser disparado, levantaban el arco y apuntaban.

Las oyeron silbar en el aire prácticamente al unísono. Se debatió mucho, más tarde, el hecho de si los caribes batallaban o no bajo la dirección de un capitán. La creencia mayoritaria era que no, que unos salvajes desnudos como aquellos no podían albergar ningún tipo de comportamiento sofisticado. Menos aún, en el campo militar. Caray, los españoles llevaban espadas con las vainas repujadas. Algunos, gloriosamente repujadas. ¿Cómo un indio al que le colgaban los huevos podría superarlos en franca lucha?

Clavándoles una flecha en mitad del pecho, como le sucedió al pobre Gregorio Miño. Te vas a Sevilla, te alistas en la armada de Pedrarias, te seleccionan, te seleccionan porque tú no eres un cualquiera sino un castellano digno de tal nombre, te haces a la mar, soportas la dura travesía..., y ¿para qué? Para que un miserable perteneciente a una nación de miserables te clave una flecha en mitad del pecho y te atraviese, limpiamente, el corazón.

—¡Miño! —aulló Andagoya.

—¡Qué sucede! —se sumó Soto.

—¡Han herido a Miño! —explicó Díaz del Castillo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó Andrés Quintero.

Los seis españoles reptaban en búsqueda de parapetos fiables. Andagoya y Soto, los más cercanos al caído Miño, intentaron aproximarse a él. Díaz del Castillo sangraba por la herida que él mismo se había ocasionado. Se sentían, de pronto, increíblemente alerta. La batalla sería el lugar habitual para todos, pues, en América, los españoles no podrían, ni sabrían, vivir de otra forma. Ante la duda, guerra, sin cuartel y siempre hacia delante.

—¡Cabrones! —exclamó Soto levantándose y, aun antes de terminar de erguirse, embistiendo la línea de arqueros caribes—. ¡Vamos!

—¡Adelante! —se sumó Díaz del Castillo. Para entonces, disponían de dos certezas: que Miño estaba muerto y que si no se defendían, ellos lo estarían también en cuestión de minutos.

Tomás de Ibarra, en cuya cabeza resonaban las palabras de su hermana, «no hagas tonterías», asió con fuerza la empuñadura de su espada y comenzó a correr detrás de Soto. Durante los días siguientes, le dolerían los dedos de la mano derecha. Comprendería que se debía a que los había apretado con tanto énfasis que los tendones habían estado a punto de partirse.

Los caribes no se movieron. Vieron a Soto, Díaz del Castillo e Ibarra tratando de alcanzar su posición. Algo más retrasados, Andagoya se les unía. Muy cerca del cuerpo de Miño, Fernández y Quintero no se decidían a participar. Quintero parecía a punto de hacerlo, pero a Fernández le temblaban las piernas. No en sentido figurado, sino real, muy real: los temblores lo atravesaban de parte a parte, y con una intensidad tal que ni siquiera era capaz de mantenerse en pie. Menos aún, de correr hacia el enemigo con la espada en una mano y la daga en la otra.

Los caribes levantaron los arcos con una nueva descarga de flechas lista para ser disparada. En un pensamiento fugaz, a Díaz del Castillo le dio por pretender que se habían acercado tanto a ellos que los indios ya no podrían abrir los dedos, soltar los hilos y disparar. Se trataba de una idea totalmente errónea, pero, qué importaba, se aferró a ella con todas sus fuerzas.

Entonces, gritaron como si se hubieran vuelto completamente locos. Tanto Soto, que con sus catorce años abría el contraataque, como Ibarra, Andagoya y Díaz del Castillo, comenzaron a bramar en mitad de la jungla. Esa decisión les salvó la vida. Lo hizo, ya que los caribes postergaron sus disparos. Se dirían algo así como «pero ¿qué les sucede a estas gentes?» y, mientras buscaban la respuesta o concluían que no existía, desde muy atrás, desde la playa, los alcanzó una compañía de hombres armados con armas verdaderamente resolutivas: escopetas.

—¡Echaos al suelo! —ordenó alguien con voz profunda.

Ni uno solo de aquellos incipientes soldados olvidaría nunca aquella instrucción. La cumplieron con esa eficiencia que solo los que se presentan ante la muerte son capaces de desplegar. Uno a uno, y cuan largos eran, cayeron sobre el lecho húmedo de la selva. Distinguiéron animales minúsculos corriendo despavoridos. Se les crispó el rostro mientras gotas de sudor se derramaban en la tierra.

Escucharon las detonaciones de las escopetas. Díaz del Castillo las contó, como se cuentan las campanadas de una iglesia para saber qué hora es: ¡cinco! Cuando el estruendo cesó, continuó contando para asegurarse de que la andanada había concluido. Uno, dos y... ¡tres! Silencio. De un salto, Díaz del Castillo se puso en pie y miró hacia el frente. Tuvo aún tiempo de observar cómo el último de los arqueros caribes se perdía en la espesura. El disparo de escopetería había repelido el ataque. Desconocía, desconocerían siempre, si habían hecho blanco sobre el cuerpo de alguien, pero, en un suspiro, allá no quedó ni rastro de los indios. Hasta habían recuperado la mayor parte de las flechas lanzadas, los muy cabrones. Salvo la hundida en el pecho de Miño, que allá seguía y allá seguiría hasta que un español misericordioso se la extrajese.

Bernal Díaz del Castillo se giró y miró hacia atrás. De un vistazo, reconoció a sus compañeros de excursión y también a los tipos que acababan de salvarles la vida: cuatro de ellos pertenecían a la guarnición de la Dominica; cuatro más, provenían de entre las filas de los hombres de Pedrarias.

—Joder... —farfulló Tomás de Ibarra.

—Me cago en mi vida —dijo Pascual de Andagoya—. Casi...

—Casi la palmáis, idiotas —cortó, en tono muy poco amistoso, el mismo recién llegado que un momento antes les había ordenado que se lanzaran al suelo. Sostenía su escopeta descargada en la mano derecha y, a diferencia del resto del pelotón de salvamento, no se aprestaba a recargar.

Conocían de vista a aquel tío: se trataba de un manchego de treinta y nueve años, algo mayor para hacer las Américas, pero dueño de un pronto y una resolución que Pedrarias imaginó útiles en un Darién poco apto para los acomodaticios. Esa misma resolución fue la que, tras correrse la voz de que siete jóvenes españoles se habían internado en la selva, lo impulsó a organizar una partida de búsqueda y salir tras el grupito de infelices. Esa misma capacidad para prever complicaciones que otros ni siquiera habrían imaginado salvó la vida del grupo de Hernando de Soto, Bernal Díaz del Castillo y Tomás de Ibarra.

Aquel manchego que no descansaba ni cuando tocaba descansar se llamaba Diego de Almagro y, con el tiempo, se convertiría en una de las figuras claves de la conquista de América.

Los gritos que los españoles habían proferido levantaron un mar de mariposas en torno a la figura de Almagro. Se trató de una simple casualidad, de uno de esos ocasionales regalos que la jungla ofrecía. Cientos, miles de mariposas de vivos colores amarillos, blancos y anaranjados, revolotearon en torno a un Almagro impasible: rostro ceñudo, piel horadada por la viruela, la escopeta junto a él como extensión poderosa de un brazo que no conocería la clemencia.

* * *

Aquel día, Almagro comenzó a ser capitán. A actuar como tal. Porque así funcionaban, y funcionarían, las cosas en el Darién y, por extensión, en la América entera. Se disponían a inaugurar un modo especial de comportarse, de conducirse. Ellos no eran conscientes de tanto, cómo iban a serlo, pero sucede que quien da el primer paso en un entorno endemoniado suele dar el segundo, y el tercero, y hasta todos los demás. El demonio ayuda a que quien se signifique, perdure; y que a quien muestre remilgos, se lo traguen los pozos de sangre y desconcierto.

De regreso en la playa, la noticia no podía ser otra: ya tenían al muerto de la expedición de Pedrarias. En su bendita ingenuidad, aquellos pobres diablos pensaron que a Gregorio Miño se lo había llevado la mala suerte. Y eso que Diego de Almagro insistió en que no le arrancaran la flecha caribe del pecho: «Que la vea todo el mundo», sentenció antes de, con un golpe de cabeza, indicar al grupo que volvían con los demás.

La vieron, claro. El propio Pedrarias en persona se encargó de que casi la totalidad de su expedición pasara frente al cadáver de Miño. «Mostrémosle nuestros respetos», dijo donde, en realidad, quería decir: «¿Veis de lo que son capaces los hijos de puta de los indios? Que se os grave en la puta sesera». Y es que a Pedrarias no le cabía la menor duda de que el de Miño no era un caso aislado, sino el primero de muchos más. Como gobernador de Castilla del Oro, constituía su deber espabilar cuanto antes a aquellos que, en cuanto desembarcaran en Santa María de la Antigua, se convertirían en sus gobernados. «Esto no resultará sencillo y me venís todos muy tiernos, me cago en la puta», gruñía por lo bajo.

No se equivocaba. Siendo justos, a los presentes se les había advertido, ya en Sevilla, de la dureza de las condiciones de vida en el nuevo mundo. Quien cruzara el océano, podría amasar enormes fortunas en una tierra aún por explorar y explotar. Sin embargo, que nadie se llamara a engaño: la mayoría de cacicazgos se hallaba sin pacificar y el trabajo por delante sería arduo y, atención, peligroso. Ahora, ese peligro, que hasta entonces había sido algo vaporoso e incierto, cobraba forma y se materializaba en la flecha que Gregorio Miño lucía clavada en mitad del pecho.

—Oh, Dios mío... —acertó a expresar Isabel de Ibarra cuando, como parte de la multitud que había acudido a interesarse por lo sucedido, descubrió el cadáver. Después, levantó la mirada hacia su hermano y le preguntó—: ¿Qué ha pasado?

Tomás se encogió de hombros y no respondió. ¿Qué podía decir? Todavía le duraba la impresión. Por primera vez en su vida, había estado en peligro de muerte. Comprendía, igualmente, que la salvación había llegado de milagro gracias al buen juicio de Diego de Almagro. De eso, y de las escopetas. Tomás se prometió, mientras abandonaban la jungla y regresaban a la playa, que, en cuanto tuviera ocasión, aprendería a usar las armas de fuego. Sabía que Pedrarias esperaba que los expedicionarios, aunque fueran simples colonos y no hombres de guerra, auxiliaran en las tareas de defensa y pacificación. Bien, pues ahí estaban sus dos manos, prestas para ayudar.

Desde muy cerca, Alonso Báez observó la conversación entre los dos hermanos Ibarra. La noticia de lo sucedido en la selva se extendía al modo en el que lo hacen los rumores: de forma muy poco fiable. Pronto, llegó a afirmarse que más de doscientos indios habían atacado, a traición, a un grupo de indefensos españoles. «¿Indios?». «¡Indios!». «¿Salvajes?». «¡Y desnudos!». Hombres y mujeres se hacían cruces y no pocos aprovecharon la coyuntura para rezar un par de avemarías. Admitían, por primera vez, que los peligros insondables de la selva les quitarían el sueño en no pocas noches.

Fue entre miedos y espantos cuando Alonso Báez se fijó en Isabel de Ibarra. La muchacha se dirigía a su hermano. Desde la posición de Alonso, él no podía escuchar qué le estaba diciendo, pero los gestos de uno y otra desvelaban el alma de la conversación: ella lo reprendía por haber participado en una aventura de la que no todos

habían regresado vivos. A Alonso, le gustó observar cómo Isabel protegía a su hermano menor.

En aquel instante, se enamoró perdidamente de ella. Ese amor se prolongaría durante años y décadas, regiones y países. Resistiría a los embates del tiempo, del olvido y de las desdichas. A las guerras, los afanes y las conquistas. Al frenético curso de los acontecimientos. El amor de Alonso no tendría fin.

Isabel llevaba el pelo suelto. Aprovechando la recalada en la Dominica, el grupo de mujeres había decidido asearse y, para ello, dos españoles pertenecientes a la guarnición las habían conducido a un cercano arroyo de agua dulce. Se encontraba fuera de la empalizada de seguridad, pero lo consideraban un entorno seguro al que los caribes no se acercarían. «¿Cómo lo sabéis?», preguntó una de las mujeres de mayor edad. Uno de los españoles se llevó dos dedos a la boca, los colocó bajo la lengua y, a modo de respuesta, silbó largamente. De pronto, cuatro grandes perros surgieron de la espesura y trotaron hasta donde se hallaba el grupo. Tenían cabezas pequeñas y compactas, orejas altivas, miradas honestas y cuerpos macizos. «Son nuestros alanos», explicaron los españoles tras arrodillarse y acariciar efusivamente a los animales.

Los caribes no se acercaban a los perros de guerra españoles pues sabían que estos habían sido entrenados para comérselos sin aguardar instrucción alguna. Cuando un alano divisaba a un indio caribe, se lanzaba a la carrera hacia él. A continuación, solo uno de los dos sobreviviría. El caribe podía asir su arco, poner una flecha en él, apuntar al animal y realizar un único disparo. Si lo alcanzaba, salvaría la vida. Si no lo hacía, y con las manos temblorosas era muy posible que así sucediera, el perro lo atraparía, lo derribaría y lo ahogaría tras rodearle la garganta con su fenomenal mandíbula. Los caribes, como bien sabían ya los españoles, eran habilidosos arqueros que, no obstante, preferían no tentar a la suerte. De este modo, se mantenían siempre lejos de los perros españoles. Podían las mujeres lavarse tranquilamente, pues no las molestarían mientras los cuatro alanos anduvieran por allí.

El regreso del grupo de Almagro las había sorprendido en mitad del aseo, de ahí que Isabel de Ibarra tuviera el cabello suelto sobre los hombros. Alonso Báez se dijo que nunca había conocido a una

mujer tan formidable. Bajo aquella luz nueva, la luz del mar Caribe, el joven supo que, en adelante, no descansaría hasta que ella aceptara convertirse en su esposa. Asumía que él no suponía un gran partido para la joven, pues, para empezar, no poseía más bienes que los que llevaba encima. Por otro lado, tan siquiera se tenía por un hombre guapo. Menos aún, simpático, risueño, de esos que hacen reír a las muchachas. Pero se reconocía como un hombre cabal y sincero en el que una mujer podría confiar. Y, a fin de cuentas, en las Indias no sobran los varones, así que de alguna posibilidad sí creyó disponer.

Como obligado punto previo a la boda, Alonso Báez decidió que hablaría con ella. No disponía de experiencia con las chicas y, de hecho, le asustaban un poco. Pero ¿acaso no se decía que América pertenecía a los valientes? Bueno, pues tendría que sobreponerse a las dificultades y asumir que si él no daba pasos firmes hacia el futuro, nadie los daría por él.

Por desgracia, en los tres días que permanecieron en la Dominica, los hombres estuvieron separados de las mujeres por orden expresa de Pedrarias. Salvo que se mantuvieran lazos familiares, el contacto había sido prohibido «porque conozco muy bien a los míos», como aseguraba Pedrarias. Razón no le faltaba, pues en aquella expedición participaban no pocos soldados provenientes de las guerras de Italia que creían a pie juntillas que «a la mujer española, el bien lucido palmito altanero la seduce y desarma». Así que, antes de que una oleada de desmayos dejara a su armada sin brazo femenino, Pedrarias prefirió curarse en salud y decretó que las unas por un lado, y los otros, por el otro.

El 6 de junio, se despidieron de la guarnición de la Dominica y se hicieron a la mar. El próximo destino fue la llamada Tierra Firme, es decir, el territorio de las Indias que no se encuadraba en las islas, sino en el continente. El día 12 de junio, echaron las anclas frente a unas playas que los pilotos consideraban seguras y permanecieron allí durante otros tres días. Nadie se internó en la selva, emprendió excursiones o se interesó por nada que no fuera la propia expedición. Recordaban el hoyo en el que habían dejado a Gregorio Miño y ninguno quería que cavaran para él uno semejante.

La mayoría de los hombres recibió nociones de cómo cargar y disparar una escopeta. Tomás de Ibarra participó de muy buen grado

en las sesiones explicativas y fue de los primeros en ofrecerse voluntario para realizar prácticas. Las escopetas que llevaban eran todas nuevecitas, «recién compradas con los dineros de un inusualmente espléndido rey Fernando», como explicaban los que de estos asuntos sabían, y disparaban plomazos certeros y determinantes.

—¡Ponedme a los indios delante! —gritó, farruco, un muchacho que no tendría ni dieciséis años. Acababa de disparar su escopeta y, aunque el retroceso le había machacado el hombro por no haber apoyado bien el arma, se tragaba el dolor y sonreía mostrando una dentadura aún brillante y completa.

Rieron los demás como los increíblemente inconscientes que eran. Diego de Almagro frunció el ceño ante la contemplación de aquella tropa. «Nos vamos a dar una hostia de las que hacen época», pensó.

El día 15 de junio, se hicieron de nuevo a la mar. Costearon lentamente hacia el suroeste y reconocieron el litoral mientras los cartógrafos dibujaban cartas y mapas de la región. Si algo hicieron bien aquellos hombres, fue dejar cumplida constancia de todos los lugares que atravesaron para que a los que vinieran tras ellos les resultara más sencillo navegar, avanzar y colonizar. Trabajaban duro para hombres que aún no habían nacido, pero que ya consideraban de los suyos.

El 30 de junio de 1514, llegaron al Darién. La armada de Pedrarias se detuvo frente a las costas de Santa María de la Antigua. Allí, en una playa de arenas calidísimas, dos hombres curtidos en cien enfrentamientos con los indios observaban en silencio. El primero de ellos era Vasco Núñez de Balboa, el gobernador provisional del Darién y el hombre que, un año atrás, había escrito al rey para que le enviara refuerzos. Ahí los tenía, frente a él. En nada, echarían los botes al agua, remarían hacia la playa y desembarcarían.

El segundo de los dos observadores era el principal capitán de Balboa. Se llamaba Francisco Pizarro, tenía treinta y seis años y estaba llamado a ser el hombre más importante de la historia de España. Jamás las consecuencias de los actos emprendidos por una sola persona resultarían tan relevantes para el mundo.

Comenzaba una nueva era.